



LOS GÉNEROS DEL COMPROMISO. INTELECTUALES HISPANOAMERICANOS Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA¹

BINNS, Niall
Universidad Complutense de Madrid
nbinns@filol.ucm.es

“¿Qué hacer entonces para apoyar el heroísmo?”, preguntaba Vicente Huidobro en un poema de 1937 dedicado a la España republicana, a la España popular que luchaba contra las fuerzas sublevadas del general Franco (*Madre España*, 1937, 7). Se trata, tal vez, de la pregunta clave de esos años para una generación de intelectuales que había encabezado la revolución formal del vanguardismo estético en los años veinte y que en su gran mayoría se replegaba estéticamente, durante la década de los años treinta, a la vanguardia política bajo la forma de la lucha contra el fascismo.

Pocas veces, tal vez nunca, ha habido una movilización de intelectuales de Occidente tan fervorosa como la que suscitó la guerra civil española. Sucedió, lo sabemos, en medio de la década infame, esa “low, dishonest decade” repudiada *in extremis* por W.H. Auden, pero que fue también –es ley de las crisis– una década de solidaridades, de esperanzas, y de un esfuerzo concertado por parte de muchos intelectuales de despojarse de todo elitismo y comprometerse en la transformación no sólo del arte y la literatura sino de la sociedad misma. España importaba porque allí se anticipaba la gran lucha entre el fascismo, el comunismo y las potencias democráticas; importaba particularmente para los países hispanoamericanos, porque la vieja Madre Patria había llegado a su guerra precisamente por haber intentado librarse de su rancio tradicionalismo, de sus anacrónicas nostalgias coloniales, y por haber intentado convertirse en una república moderna, hermana de las repúblicas americanas; España importaba también, en Hispanoamérica, porque la experiencia de las reformas republicanas, frenadas o abortadas por la rebelión militar, podía verse como un espejo o un aviso de lo que podía suceder al otro lado del Atlántico.

La respuesta de los intelectuales hispanoamericanos, tanto de los que residían en España como de los que veían el conflicto desde la lejana retaguardia de sus respectivos países, fue inmediata y apasionada. En estas páginas, quisiera reflexionar sobre los géneros del compromiso, sobre las maneras más características en que los escritores moldearon sus actitudes ante la sociedad y sus formas de escribir en reacción al conflicto.

Voz de testigo

El ensayista chileno Martín Cerda, en su libro *La palabra quebrada*, indaga en el protagonismo de los escritos testimoniales que surgieron en Occidente a partir de la Primera Guerra Mundial. El escrito testimonial, a juicio de Cerda, está siempre “anclado en una situación de incertidumbre, de indefensión o de peligro” (2008, 112), y es normal que la convulsión social e ideológica provocada por la guerra española también haya engendrado una notable producción de crónicas y memorias entre los intelectuales que vivieron el conflicto desde la península. Convendría señalar, no obstante, que hubo en cada país un tal hambre de noticias sobre la guerra civil que cualquier hispanoamericano que volvía de España en los años de la guerra se veía asediado por periodistas en busca de su “verdad” de testigo; por otra parte, la polarización ideológica vivida en todo el mundo hispano llevó a muchos testimonios a ser poco más que un vehículo propagandístico para la ideología del testigo y del medio de turno. Es decir, por limitada que fuese la incertidumbre, la indefensión o el peligro

¹ Este trabajo forma parte del proyecto de investigación “El impacto de la guerra civil española en la vida intelectual de Hispanoamérica”, financiado en 2011 por el Ministerio de Ciencia e Innovación (FFI2011-28618).



vivida por el testigo en cuestión, hubo una demanda palpitante para que este narrara su experiencia o contara en entrevistas su versión del drama español.

Entre los intelectuales que escribieron sobre el conflicto a partir de sus propias vivencias, habría que distinguir a los testigos involuntarios, que se encontraban atrapados en la España en guerra en julio de 1936; a los corresponsales de guerra; y a los delegados del II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, el llamado Congreso de Escritores Antifascistas que tuvo lugar en Valencia, Madrid, Barcelona y París en julio de 1937.

(i) Testigos involuntarios

Los escritores hispanoamericanos que volvieron de España durante las primeras semanas y meses de la guerra estaban, a ojos del público lector de sus países, en posesión de una perspectiva privilegiada sobre el conflicto; podían contar verdades más allá de las noticias contradictorias y sectarias divulgadas por la prensa local. Hubo intelectuales conservadores y católicos que lograron salir de la zona republicana después de vivir las primeras semanas de la guerra: es el caso del narrador uruguayo Horacio Maldonado, que llegó a Madrid nueve días antes de la sublevación militar y de regreso en su país, en septiembre, empezó a publicar en el diario *El Pueblo* artículos impregnados de sus vivencias del caos sangriento en una ciudad tomada por las masas: “Yo he presenciado hechos que sublevar el ánimo de los más indiferentes e impasibles” (30 de septiembre de 1936). El poeta y dramaturgo peruano Felipe Sassone, que llevaba décadas viviendo en Madrid, trabajaba como periodista en el diario monárquico *ABC* y compartía las ideas falangistas de muchos de sus compañeros y se vio obligado a asilarse en la Embajada peruana. Consiguió escapar de Madrid en agosto de 1936 y durante los años siguientes, en Lima, desplegó una actividad febril ofreciendo conferencias, entrevistas y recitales radiofónicos, participando en actos de homenaje a la España franquista y escribiendo artículos sobre el conflicto en diarios como *El Comercio*. Al final de la guerra, en 1939, publicaría en Madrid un libro de memorias sobre su experiencia de la República y las primeras semanas del conflicto en *España, madre nuestra* (Muñoz Carrasco, 2013, 457-458). Desde una perspectiva prorrepública podríamos destacar la figura del narrador Luis Enrique Délano, compañero de Pablo Neruda en el consulado chileno de Madrid, que regresó a Santiago en diciembre de 1936 y publicó crónicas sobre su experiencia en la revista *Ercilla* y luego el libro *4 meses de guerra civil en Madrid* (1937).

Al hablar en *La palabra quebrada* de la “notoria proliferación de escritos testimoniales”, Martín Cerda señaló también “un proceso de impregnación ‘testifical’ del ensayo, la novela, el drama y la poesía” (2008, 111). Este proceso puede sentirse en la novela *¡Madrid!* del ecuatoriano Demetrio Aguilera-Malta, que había llegado a España a comienzos de julio de 1936 con una beca para estudiar en Salamanca, y que sin posibilidad de estudiar se dedicó a vivir la guerra durante un año. Escribió su novela apresuradamente, al ritmo de los acontecimientos bélicos de Madrid (los bombardeos, la llegada de refugiados ante el avance aparentemente imparable del ejército de Franco, y el fervor de la resistencia encapsulado en el grito de ¡No pasarán!), la publicó antes del final de año y escogió un subtítulo revelador de la fusión que pretendía entre crónica y ficción: “Reportaje novelado de una retaguardia heroica”.

Un proceso parecido se deja ver en Pablo Neruda, cuyo viraje poético sería decisivo en un cambio de rumbo generalizado de la poesía en Hispanoamérica. Su libro *España en el corazón*, publicado en Santiago poco después de su vuelta a Chile en octubre de 1937, está cargado de sus vivencias. “Os voy a contar todo lo que me pasa”, afirma el poeta en “Explico algunas cosas”, señalando un doble camino para su nueva poesía: ya no aspira al vuelo profético del canto de *Residencia en la tierra*, sino al tono llano de un contar, de una explicación; por otra parte, la guerra de España se filtraría en su poesía a través de la experiencia propia. “Yo vivía en un barrio / de Madrid, con campanas, / con relojes, con árboles” (1999, 369), nos cuenta el yo testimonial de Neruda, hasta que un día la ciudad amaneciera en llamas y las calles se llenaran de sangre de niños; en “Legada a Madrid de la Brigada Internacional”, Neruda vuelve a lo testimonial: “Una mañana de un mes frío / de un mes agonizante, manchado por el lodo y por el humo / (...) / he visto con estos ojos que tengo, con este corazón que mira, / he visto llegar a los claros, a los dominadores combatientes / de la delgada y dura y madura y ardiente brigada de piedra” (376).



(ii) Corresponsales de guerra

En septiembre de 1936, harto de su vida de exiliado en Nueva York y enfervorecido por las noticias de España, el periodista y narrador Pablo de la Torriente Brau viajó a España como corresponsal de guerra de dos periódicos comunistas: *El Machete*, de México, y el estadounidense *New Masses*, a los que comenzó a enviar crónicas y entrevistas desde el primer día. El avance hacia Madrid del ejército franquista lo llevó a enrolarse como comisario político en el batallón del célebre dirigente popular Valentín González, “El Campesino”. Antes de su alistamiento, envió a sus periódicos sabrosas crónicas, entre ellas “En el parapeto”, la narración de su “combate” nocturno con el enemigo: “La tribuna fue un parapeto sobre una roca. El escenario fue la noche prelunar, densa aún y peligrosa. Mi contrario, un cura guerrillero. El público, los milicianos de la revolución española y los fascistas insultadores, requetés, falangistas, guardias civiles y militares traidores. Los aplausos, ráfagas de las ametralladoras” (2005, 187).

Torriente Brau cuenta cómo desplegó contra el “cura fascista” toda su destreza verbal para defender no solo la República sino el derecho de los pueblos hispanoamericanos de luchar en la defensa de esta, recordando a su contrincante que mientras los aviones italianos servían solo “para atropellar y asesinar a un pueblo”, una bala mexicana “siempre ha significado una lucha por la libertad de los pueblos” (193-194). Junto a las crónicas del cubano, han sobrevivido algunas cartas suyas que ofrecen una visión más íntima de sus breves experiencias en España: la muerte de sus compañeros de batallón, las condiciones atroces del frente (“moriré no de bala sino de frío”), y también el miedo a ser víctima de los efectos deshumanizadores de la guerra. En una carta del 21 de noviembre se preguntaría: “¿Qué me falta ya por ver, palpar y sentir de la guerra? Bueno, sentir, no. No se siente nada en la guerra. Terminó con ella la sensibilidad humana”. Acostumbrado a los himnos republicanos, se sentía incapaz ya de emocionarse con un nocturno de Chopin. “Pero así es la guerra de inhumana e insensible”, reflexionaba: “Por eso nadie podrá jamás pintarla bien. Cuando uno se pone a escribir es que, por un momento siquiera, le ha vuelto a uno su capacidad de emocionar el recuerdo. Y ya es falso todo” (100).

Junto con Pablo de la Torriente Brau, habría que destacar la labor de corresponsal de otros escritores: el narrador cubano Carlos Montenegro enviaba crónicas a la revista *Mediodía* antes de publicar sus memorias de la guerra en el diario *Noticias de Hoy* y en el libro *Tres meses con las fuerzas de choque* (1938); el narrador trotskista argentino José Gabriel, enviado a España por el diario *Crítica* durante los primeros meses de la guerra, publicaría dos libros –polémicos en su antiestalinismo– sobre el conflicto: *España en la cruz* (1937) y *La vida y la muerte en Aragón* (1938), que relata sus vivencias con el dirigente anarquista Buenaventura Durruti en el frente de Aragón; el dramaturgo Rodolfo González Pacheco, corresponsal del periódico anarquista de Buenos Aires *La Obra*, reuniría sus crónicas en *Carteles de España* (1938); el ensayista argentino Ricardo Sáenz Hayes, corresponsal parisino del diario *La Prensa*, vivió la batalla de Irún y San Sebastián desde la frontera hispano-francesa, y luego consiguió el golpe periodístico de una larga entrevista con el general Franco; se podría recordar, también, al poeta chileno Juvencio Valle, cronista para la revista *Aurora de Chile* durante los últimos meses del conflicto, que pasaría meses en una cárcel franquista al final de la guerra.

Quisiera destacar, por último, a dos corresponsales que no eran precisamente intelectuales al comienzo del conflicto, pero que escribieron algunas de las crónicas más fascinantes sobre la guerra desde la zona franquista: el primero de ellos, el uruguayo Luis Alfredo Sciutto, tuvo tanto éxito con las crónicas deportivas que enviaba a Montevideo desde las Olimpiadas de Berlín, firmándolas siempre con el seudónimo “Wing”, que su periódico *El Pueblo* lo trasladó directamente de Alemania a España, desde donde siguió mandando crónicas, ahora de guerra, hasta ser capturado por los republicanos en la Casa de Campo del frente madrileño; relataría sus experiencias en el libro *Una aventura en España* (1938). El segundo, el chileno Bobby Deglané, era amigo de Neruda y en 1936 trabajaba como animador de combates de lucha libre en Madrid. Encarcelado por tomar fotografías clandestinas en el frente de guerra, Deglané consiguió salir de Madrid y regresó a España a la zona franquista, donde trabajó como corresponsal en diversos frentes y fue autor de una cincuentena de fotorreportajes para el semanario *Fotos*, de San Sebastián.



(iii) Congresistas

Al II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura asistieron dieciséis delegados hispanoamericanos: tres argentinos (Cayetano Córdova Iturburu, Raúl González Tuñón, Pablo Rojas Paz), tres chilenos (Vicente Huidobro, Pablo Neruda, Alberto Romero), un costarricense (Vicente Sáenz), cinco cubanos (Alejo Carpentier, Leonardo Fernández Sánchez, Nicolás Guillén, Juan Marinello, Félix Pita Rodríguez), tres mexicanos (José Mancisidor, Carlos Pellicer, Octavio Paz) y un peruano (César Vallejo). De ellos, al menos cuatro llegaron antes del Congreso y ya habían enviado crónicas a sus respectivos países (Sáenz, a su revista *Liberación*; Huidobro, al diario *Frente Popular*; González Tuñón a *El Diario* y *La Nueva España*; Córdova Iturburu a *Crítica*), mientras que otros (Guillén y Marinello, para *Mediodía*) seguirían en España como corresponsales durante los meses siguientes. Casi todos dejarían testimonios de sus vivencias en el que fue quizá –por el número de delegados, por la trascendencia del momento histórico, y por las difícilísimas condiciones en las que se organizaba– el encuentro internacional más importante de intelectuales del siglo XX, aunque llama la atención que lo que más impactó a los delegados no fueron tanto los encuentros con los soldados y los escritores españoles, ni la vivencia de los bombardeos, ni las reuniones interminables –la retórica ineludible pero cansina de denuncia al fascismo y celebración del heroísmo de la República–, como el inesperado encuentro con un grupo de niños, mujeres y ancianos en el pueblo de Minglanilla, donde los congresistas se detuvieron para comer en el camino entre Valencia y Madrid.

“Si preguntáis –escribiría Alejo Carpentier en una de sus crónicas sobre el Congreso para la revista *Carteles* de La Habana– a los ciento cincuenta escritores que asistieron a este congreso dónde sintieron, en España, su más intensa emoción, todos os responderán sin vacilar: ‘¡En Minglanilla!’”. Minglanilla fue el lugar en que “los hombres más endurecidos, los filósofos más habituados a considerar elementos humanos como factores de especulación, los escritores más decididos a no dejarse conmover, sintieron correr por sus mejillas las lágrimas reprimidas durante años” (1979, 160). Fue el lugar de encuentros memorables con el pueblo sufrido de España, donde se conmovieron los escritores ante un improvisado coro infantil, donde el llanto de las mujeres, el espíritu desafiante de los niños y la generosidad de los ancianos se anudaron en sus conciencias.

¿Cuál era el papel del escritor? ¿Qué tenía que hacer para apoyar el heroísmo de la República? El novelista chileno Alberto Romero tuvo, como otros, su experiencia epifánica en Minglanilla. En la plaza del pueblo, un “hombrecillo” le preguntó si él también era escritor (no lucía la elegancia de un Stephen Spender, un Octavio Paz y un André Malraux) y lo llevó a su casa, intentó regalarle su último conejo y le enseñó la cama donde había nacido su hijo, diciendo: “–Cuando mozo, mi hijo dormía en esta cama. Yo le enseñé a trabajar, a ser bueno iy a mi hijo me lo mataron! y usted, si es escritor, tendrá que contarlo, tendrá que decir que a mi hijo me lo mataron, tendrá que decir lo que hacen con nosotros, lo que pasa acá en España”. Romero recordaría estas palabras, o esta exigencia, en las últimas palabras de su libro de memorias sobre el Congreso, *España está un poco mal* (1938), con el cual cumplió con su promesa al hombrecillo y con su misión como intelectual comprometido. No obstante, la pregunta del aldeano –“¿Usted también es escritor?”– lo desconcertó profundamente: “Acosado entre las dos manecillas que el labriego pone delante de mí, dudo de mí mismo, dudo de mi sinceridad, dudo de que sea un escritor o simplemente un hombre que escribe” (1938, 145-146). La duda, aparentemente, nunca lo abandonó. Romero asumió papeles de gestión en la Alianza de Intelectuales y en la Sociedad de Escritores de Chile, pero después de su crónica sobre España no publicaría un libro en los 44 años que le quedaban de vida.

La guerra vista desde la lejana retaguardia... Pasión, impotencia, sentimiento de culpa

Para los intelectuales hispanoamericanos que fueron a España, o los que estaban ya en España a comienzos del conflicto, los géneros del compromiso eran sobre todo los testimoniales –crónicas, memorias, cartas– o bien una poesía o narrativa impregnada por lo testimonial. Mientras tanto, desde la lejana retaguardia americana, los demás intelectuales consumieron con fervor e indignación las noticias de los diarios, las fotografías que llenaban las portadas, los reportajes proyectados en cines y las voces de la península oídas en la radio, sintiéndose partícipes lejanos pero apasionados,



UNCUYO
UNIVERSIDAD
NACIONAL DE CUYO



FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS



viviendo la guerra como si fuese en carne propia pero presos de la impotencia (¡no poder hacer nada!) y de la mala conciencia (¿por qué no sacrifico todo para ir y combatir y morir en la lucha como Pablo de la Torriente?).

No es extraño encontrar que del testimonio de esa pasión, y de esos sentimientos de impotencia y mala conciencia vividas en la lejana retaguardia, surge quizá la literatura más intensa que se escribió sobre el conflicto desde Hispanoamérica. “Pero qué cerca se oye tu sangre y el llanto de tu oído y los pasos / de tu corazón”, exclamaba el chileno Rosamel del Valle en “España, muerte devuelta” (Barchino y Cano Reyes, 2013, 655); “Aquí estamos, con la oreja apegada a la tierra, / oyendo cómo tiemblos”, escribió el ecuatoriano Alejandro Carrión en “Aquí, España nuestra!” (Binns, 2012b, 192); y para el también ecuatoriano Manuel Agustín Aguirre, en “España de los trabajadores”, la sangre de España “empapa los insomnios de estas noches de plomo” (109). Desde Cuba, la poeta Serafina Núñez, en “Elegía por los niños de España”, escribía estremecida por la distancia entre la pacífica Cuba y el *allí* de la guerra española: “Desesperada aquí, clavada aquí, / negada a los inútiles abanicos, / soltando negros pájaros desde mi isla limitada / estoy desenterrando el llanto de todas las campanas. / (...) / Aquí, desesperada, aquí en mi isla limitada / me socavan el gemido y la furia: / ¡es el día del crimen!”. El crimen pide a la poeta la palabra y ella, desgarrada por la lejanía y la impotencia, concluye con el precario consuelo de una imaginaria fusión consanguínea con las madres de los niños muertos en España: “Por mis venas / madres martirizadas confunden sus gemidos” (*Selecta*, La Habana, n. I. 34, 15 de enero de 1938). La solución para el escritor, como esboza el argentino Carlos Mastronardi, no podía ser más ni menos que la escritura:

España, amiga mía ¿cómo quererte con palabras
cuando otros te quieren con la sangre?
De lejos me alumbra el levantado resplandor de tu incendio.
No he cruzado tus montañas, ni tus prados, ni el fresco alivio de tus aguas,
ni la gracia de tus jardines en las horas de paz.
No he visto caer tus hombres, no me ofrecí a tu llamarada
no me arrastra la obscura marea de metal y ceniza
en que van los que te aman hasta la abnegación y las balas.
Apenas si puedo llevarte en mi voz
apenas si puedo llevarte en mis versos. (Binns, 2012a, 505)

Esta experiencia de la guerra civil vivida agónicamente desde la retaguardia incide también en algunas obras narrativas escritas sobre la guerra, entre ellas tres novelas escritas en Buenos Aires: *Resurrección* (1936), del uruguayo Elías Castelnuovo; *La edad desaparecida* (1938), del también uruguayo Enrique Amorim; y *Los centauros*, del peruano exiliado Enrique Portugal. En cada una de ellas se debate el deseo –o la necesidad– de transformar el fervor solidario, esa sensación de estar viviendo la guerra en carne propia desde el otro lado del Atlántico, en la acción concreta de viajar a España para luchar.

Los intelectuales se agrupan

Beatriz Sarlo, en su ya clásico libro *Una modernidad periférica*, analiza cómo la revista *Contra*, dirigida por Raúl González Tuñón durante 1933 y 1934, se convirtió en una heredera politizada e izquierdista de *Martín Fierro*, atenta a “la defensa de la renovación estética y de los progresos del socialismo en el mundo”. La revista de Tuñón tenía el mismo “enemigo



cultural” de *Martín Fierro*: el burgués filisteo, pero este se medía ya no en términos espirituales o institucionales, sino en términos sociales: “es un actor económico, ideológico y político, cuyas intervenciones son condenadas tanto cuando se limitan al campo intelectual como cuando lo desbordan”. Este enemigo, señala Sarlo, se encontraba tanto en el mundo de la Academia como en el grupo Sur (los herederos ya domesticados de *Martín Fierro*), pero también en el círculo de escritores de izquierda, formalmente más tradicionalistas, vinculado a la editorial y la revista *Claridad*:

La tarea de *Contra* es avanzar una vez más sobre lo que parecía garantizado tanto para el arte como para la política. *Contra* es martinfierrista porque continúa el momento extremista de la renovación estética, pero desplazándolo a la izquierda. En este sentido completa un movimiento realizado por *Martín Fierro*, pero acentúa tendencias que sólo estaban tenuemente inscriptas en esa revista: su propaganda es por el expresionismo alemán y ruso, por el surrealismo (mientras que el centro de *Martín Fierro* estaba en el cubismo francés, el ultraísmo español y el modernismo arquitectónico). Además, en política, la posición de *Contra* no concluye, como la de los intelectuales de *Claridad*, en el antifascismo y el antiimperialismo. Su programa tiene a la revolución como tema. (2007, 139-144)

Me interesa rescatar, del análisis de Beatriz Sarlo, lo que hay de continuidad entre los movimientos grupales de la vanguardia estética de los años veinte y de las vanguardias socio-estéticas de los años treinta: la idea de una militancia colectiva, reunida en torno a agrupaciones y revistas, y que adopta estrategias y hasta géneros (manifiestos y “epitafios”) ya ensayados por intelectuales en la década anterior. Ahora bien, conviene señalar que entre *Contra* y la guerra española, habían sucedido algunos acontecimientos clave: en el verano europeo de 1935, se celebró en París el primer Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, durante el cual intelectuales comunistas y compañeros de viaje se aliaron en su repudio del fascismo; poco después, en Moscú, el 7º Congreso de la Internacional Comunista dictaminó la doctrina de los frentes populares, el complicado frente común ante el fascismo que se había de establecer entre los partidos comunistas de cada país y los partidos democráticos de izquierda que aquéllos llevaban años denunciando como social-fascistas. En pocos casos –España, Francia, Chile– se llegó a la formación triunfal del frente popular; en casi todos los países, sin embargo, entre los años 1935 y 1939 hubo esfuerzos notables por parte de los intelectuales para agruparse en contra del fascismo.

Si pensamos en el contexto argentino señalado por Sarlo, la confrontación entre los vanguardistas de izquierda y los escritores de *Claridad* tendía a esfumarse en esos años. Compartían el enemigo común (el fascismo), pero los medios para luchar contra él empezaban a definirse con una perspectiva muy cortoplacista, en términos de eficacia comunicativa, de capacidad retórica. Tanto en Argentina como en otros muchos países de habla hispana, el frentismo de los sectores izquierdistas del campo intelectual se manifestaba en nuevas agrupaciones.

En julio de 1935, se fundó en Buenos Aires la A.I.A.P.E. (Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores), bajo la presidencia de Aníbal Ponce, cuya revista *Unidad* empezaría a publicarse en enero del año siguiente. En julio de 1936, poco después del inicio de la guerra civil, se fundó en Madrid la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura, que tendría como presidente a José Bergamín, como secretario a Rafael Alberti, y como sus medios de difusión el semanario *El Mono Azul* (a partir de agosto 1936) y la revista *Hora de España* (desde enero de 1937). En septiembre de 1936 se fundó en Montevideo la filial uruguaya de A.I.A.P.E., que publicaría una revista con ese nombre a partir de noviembre de ese año. También en 1936 se fundó en Quito el Sindicato de Escritores y Artistas del Ecuador, con Jorge Icaza como su secretario general y con la revista *SEA*, que empezaría a publicarse a partir de 1938. En noviembre de 1937, recién llegado de España, Pablo Neruda fundó en Santiago de Chile la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura (A.I.D.C.), que tendría como su órgano la revista *Aurora de Chile* (1938).

Convendría señalar que muchos de los intelectuales que integraban estas asociaciones participarían a la vez, en los años de la guerra civil, como socios en las numerosas agrupaciones organizadas para recaudar fondos para España: en Argentina, por ejemplo, el Comité Iberoamericano al Servicio de la Independencia Española y el Comité Pro Defensa de los Derechos del Pueblo Español; en Chile, el Comité Chileno Pro Socorro a las Víctimas de España; en Cuba, la Asociación Nacional de Ayuda al Pueblo Español y la Asociación de Auxilio al Niño del Pueblo Español; en Ecuador, la Liga Antifascista de Ayuda a la Democracia Española y el Comité Amigos de España Leal; en Perú, el Comité de Amigos



de los Defensores de la República Española, que publicaría anónimamente la revista *CADRE*, aunque se sabe que sus responsables fueron los poetas surrealistas César Moro y Emilio Adolfo Westphalen junto con Manuel Moreno Jimeno; en Uruguay, el Comité Nacional Pro Defensa de la República Democrática Española y el Comité Femenino de Ayuda al Pueblo Español; y en Francia, el Comité Ibero-Americano para la Defensa de la República Española, que publicaría el boletín *Nuestra España*, presidido por un comité consultativo formado por Pablo Neruda, César Vallejo, Joaquín García Monge, David Alfaro Siqueiros y Juan Marinello, y que tenía como editor en la sombra al cubano Félix Pita Rodríguez.

Muchos periódicos y revistas liberales y de izquierda abrieron sus páginas a textos sobre la guerra española. Los diarios económicamente más poderosos de Hispanoamérica enviaron a España sus corresponsales, mientras que se llenaban a la vez de artículos de opinión y columnas firmadas por intelectuales de primera fila. Tenían un prestigio destacado los que habían vivido en España, que juzgaban la actualidad desde sus conocimientos como testigo en otra época: es el caso, en Chile, de Joaquín Edwards Bello en *La Nación* y Augusto D'Halmar en *La Hora*; en Ecuador, de Abel Romeo Castillo en *El Telégrafo*; en Argentina, de Roberto Arlt en *El Mundo*. Revistas culturales de trayectoria izquierdista, como *Claridad* de Buenos Aires, *Repertorio Americano* de San José de Costa Rica, y *Mediodía* de La Habana dedicaron numerosas páginas al conflicto español, como sucedió también con algunas revistas de actualidad de contenidos culturales como *Ercilla* de Santiago de Chile y *Bohemia* de La Habana.

La epidemia de la preocupación política

¿Cuáles eran las consecuencias de esta integración masiva de intelectuales liberales y de izquierda en la lucha antifascista, y de manera muy específica en el apoyo a la República Española? Para Oliverio Girondo, en "El mal del siglo", un ensayo publicado en *La Nación* de Buenos Aires en febrero de 1937, la preocupación política se había convertido en una epidemia: "En todas partes, a todas horas, en todos los medios, no se habla, no se piensa, no se lee más que de política y únicamente de política". En una ciudad saturada por "los peores lugares comunes", resultaba cada vez más difícil que se comprendiera "que alguien no pertenezca a la derecha o a la izquierda, como si no existieran otros rumbos, como si la sensibilidad y el cerebro no se hallaran situados en otras latitudes". Lo peor de todo, según Girondo, era ver "la frecuencia con que hasta los mismos intelectuales" padecían esta epidemia, que los llevaba a "adoptar los dogmatismos más estrechos y perder la ecuanimidad y la independencia que requiere el simple hecho de pensar". Así, incurrían "en las mismas simplezas de las mentalidades más primarias al tratar temas que desconocen en documentos o libros de una insignificancia que los avergonzaría si la trasladaran a la ciencia o al arte a que se consagran". Todo ello conducía no sólo a "verdaderos abismos de estupidez", sino también a una "verdadera crisis de honestidad" para cualquier intelectual que entrase en el terreno de los debates callejeros:

El vulgo, naturalmente, aplaude esta nivelación y se apresura a explotarla sin miramientos, pues cuando el hombre de ciencia o el artista deja de halagar sus convicciones –como ha ocurrido durante los últimos acontecimientos de España– no experimenta el menor resquemor en abatir al ídolo de ayer desde el instante mismo en que comete la más leve apostasía a su credo.

Esta verdadera crisis de honestidad quizá sea la más grave de cuantas nos aquejan. Si es fácil explicarse que el pueblo suponga candorosamente que quienes se destaquen en algo poseen una autoridad indiscutible en cualquier materia, no se comprende bien cómo las "élites" podrán cumplir su cometido sin el pudor y la honradez que exige –llegado el caso– la confesión de su propia ignorancia. (...)

Tan lejos de las derruidas torres de marfil como de las anteojeras que requiere la acción, lo suficientemente próxima y alejada de la vida como para no perder contacto con ella ni dejarse estrangular por sus necesidades subalternas, sólo la inteligencia se halla capacitada para denunciar los desafueros de un confusionismo que alcanza a lo inverosímil. (Binns, 2012a, 346-347)

Las polémicas vividas y sufridas por intelectuales liberales como Victoria Ocampo –vituperados por acoger a Gregorio Marañón, el "traidor" de la República– y Eduardo Mallea –acusado de fascista por Luis Alberto Sánchez y Juan Marinello– son vivas muestras de la dificultad de no tomar partido, sin ambigüedades y sin matices, con respecto al fascismo y,



sobre todo, con respecto a la guerra de España. Las secuelas de este posicionamiento se ven en la producción textual de los intelectuales. Muchos se dedicaban a artículos de opinión rígidos en su maniqueísmo y descaradamente propagandísticos en su intención; a poemas que reproducían esos mismos lugares comunes y un mundo hiperbólico de héroes republicanos, un pueblo español inmaculado en su fuerza y su martirio, y de fascistas demoníacos avanzando de la mano con siniestros aristócratas, banqueros y generales. Sin la carga vivencial del testimonio, mucha literatura sobre la guerra civil se queda así en la contingencia, satisfecha y truncada en su falta de autocrítica, en la previsibilidad de su actitud y de sus valores.

En este panorama de preocupación política y compromiso de los intelectuales de Hispanoamérica, dos géneros destacan por su frecuencia: el manifiesto y la encuesta.

Manifiestos de guerra

El 30 de julio de 1936, se publicó en Madrid un manifiesto de apoyo a la República firmado por diez prestigiosos intelectuales, entre ellos Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Ramón Pérez de Ayala, José Ortega y Gasset, Ramón Menéndez Pidal y Gregorio Marañón, en el que declaraban que “ante la contienda que se está ventilando en España, estamos al lado del Gobierno de la República y del pueblo, que con heroísmo ejemplar lucha por sus libertades” (*ABC*, Madrid, 31 de julio de 1936). Este manifiesto tuvo un gran impacto en los medios hispanoamericanos, donde el posicionamiento de los intelectuales españoles respecto al conflicto –en medio de noticias tan alarmantes como contradictorias sobre el encarcelamiento y asesinato de escritores en ambos bandos– permitía llegar a conclusiones sobre en cuál lado estaba la civilización, y en cual la barbarie. Contar con el apoyo de los autores mencionados, y poco después con la confirmación de la noticia del fusilamiento en Granada de Federico García Lorca, permitía a los intelectuales prorreplicanos ver, con cada vez más claridad, su lucha contra el fascismo como una lucha para la defensa de la cultura. Ahora bien, el manifiesto de los intelectuales españoles fue escrito, al parecer, por la Alianza de Intelectuales Antifascistas de José Bergamín y Rafael Alberti y varios de los firmantes denunciarían más tarde que se vieron obligados a suscribirlo (López Vega, 2011, 1806). No deja de ser revelador que el 31 de agosto de 1936 Ortega y Gasset abandonó Madrid para instalarse en París; Pérez de Ayala seguiría sus pasos la semana siguiente; y Gregorio Marañón y Ramón Menéndez Pidal abandonarían Madrid juntos en diciembre de ese año. Juan Ramón Jiménez había salido de Madrid un mes después del comienzo de la guerra, pero –a diferencia de los cuatro mencionados– se mantendría fiel a la República desde tierras americanas. De esa generación de los intelectuales fundadores de la República, solo Antonio Machado se dedicaría in situ, en cuerpo y alma y a lo largo de la guerra, a su defensa.

El género del manifiesto tuvo un auge espectacular en los campos literarios hispanoamericanos a partir de los últimos años de la segunda década del siglo, con los manifiestos creacionistas de Vicente Huidobro, los manifiestos ultraístas encabezados por Borges, los manifiestos estridentistas en México, el manifiesto de *Martín Fierro* de Oliverio Girondo y tantos más. La lucha ya había cambiado de índole en 1936 y el manifiesto volvió a convertirse en un género privilegiado para que los intelectuales mostraran en público, y colectivamente, su actitud pero no ante cuestiones estéticas sino ante la lucha española. La guerra de los manifiestos se inició pronto en Hispanoamérica, y permite ver cómo el conflicto español contribuyó a la escisión y polarización de los campos intelectuales de cada país. El día 1 de agosto de 1936, se publicó en *El Mundo* de Buenos Aires un “Mensaje de los escritores de la Argentina”, dirigido al embajador de la República en Argentina Enrique Díez Canedo. Empezaba con la constatación de una división que iba mucho más allá de los límites de España: “la guerra civil que ensangrienta hoy a España y la divide en dos grandes bandos, inquieta y angustia por igual a millones de hombres que viven fuera de sus fronteras”. Por ello, los intelectuales habían decidido “romper nuestro silencio” y mostrar su cercanía a los acontecimientos españoles: “Desde el advenimiento de la República, España está más cerca de nosotros. Sus conflictos repercuten en la Argentina con mayor intensidad que los conflictos de cualquier otro país del mundo; y los hogares argentinos siguen hoy la lucha como si estuvieran combatiendo nuestros hermanos”. Los escritores declararon, por tanto, “su viva simpatía por la causa de la República” y pidieron al embajador que la transmitiera “a nuestros compañeros de letras españoles que allí están luchando valientemente por el afianzamiento de la democracia”. Firmaron el mensaje 34 escritores, en orden alfabético, entre ellos Enrique Amorim, Leónidas Barletta, Jorge L. Borges, María Luisa Bombal, Samuel Eichelbaum, Alberto Gerchunoff,



Pedro Henríquez Ureña, Alejandro Korn, Eduardo Mallea, Ricardo Molinari, Conrado Nalé Roxlo, Victoria Ocampo, María Rosa Oliver, Aníbal Ponce, Pablo Rojas Paz, Alfonsina Storni, César Tiempo y Amado Villar. Llamaron la atención en esta lista, por un lado la presencia –como “escritores de la Argentina”– de Amorim, Bombal y Henríquez Ureña, pero sobre todo la convivencia de escritores nítidamente de izquierdas (como Aníbal Ponce) con intelectuales liberales, que solían intentar mantenerse ajenos a cualquier posicionamiento político, como es el caso de Borges, Mallea y Ocampo.

Dos semanas más tarde, el 14 de agosto de 1936, el mismo diario *El Mundo* publicaría otro manifiesto, esta vez de escritores favorables a la sublevación militar, bajo el título de “Provoca la protesta de escritores argentinos la situación de España”. Los firmantes se autodefinieron como “argentinos nativos de distintas ideologías” y protestaron “por los crímenes, incendios de templos, destrucción de obras de arte y crueldades inicuas que, en la lucha por la implantación del sistema soviético en España realizan los partidarios de la república comunista, llegando hasta amenazar la seguridad y la vida del embajador argentino”. Cerraron el texto ofreciendo su simpatía “a los que reivindican heroicamente la nacionalidad, la religión y las gloriosas tradiciones de su patria”. Entre los 52 firmantes, destacaban los nombres de Carlos Ibarguren, Manuel Gálvez, Francisco Luis Bernández y Leopoldo Marechal.

Entre los distintos manifiestos prorrepúblicanos publicados en medios como *Claridad* y *Galicia*, quisiera destacar un “Telegrama a la Junta de Burgos” publicado en el diario *Crítica* el 17 de septiembre de 1936, en el que los escritores firmantes se dirigieron al general Miguel Cabanellas –en ese entonces presidente de la Junta– lamentando la muerte de “un joven poeta que era el honor y la gloria de las letras de habla hispana” y que había sido “salvajemente ultimado en tierras de Andalucía por hombres que, directa o indirectamente, actúan a sus órdenes”. Afirmaban:

En nombre de la civilización y la cultura ultrajadas con ese crimen injustificable, nosotros, escritores argentinos identificados con la causa de la civilización, que encarnan en este momento las armas de la República, protestamos ante Vd. con nuestra máxima vehemencia y le decimos que la noble sangre de Federico García Lorca, que sólo corrió impulsada por el amor a la belleza y a la justicia, ha puesto una nueva mancha, imborrable esta vez, sobre las espadas culpables de su muerte.

Firmaron el telegrama 29 escritores, entre ellos González Carbalho, Aníbal Ponce, Enrique Amorim, María Rosa Oliver, Elías Castelnuovo, Córdoba Iturburu, José Portogalo, Deodoro Roca, Carlos Mastronardi, Álvaro Yunque y –sorprendentemente– Jorge Luis Borges.

En Uruguay, el número inaugural de la revista *AIAPE*, de noviembre de 1936, incluía el manifiesto “Con España democrática en esta hora de prueba”, que invitaba a todos los intelectuales a “prestar su adhesión a la causa de la libertad que sostiene, en este momento, el Gobierno legítimo de España”. Entre los más de cien firmantes, destacaban el presidente de la AIAPE uruguayo, Dr. Antonio M. Grompone, las hermanas Paulina, Clotilde y Luisa Luisi, Emilio Frugoni, Carlos Zum Felde, Roberto Ibáñez, Emilio Oribe, Ildefonso Pereda Valdés y Álvaro Figueredo.

En noviembre de 1936, el manifiesto “Con España, con su gobierno y con su libertad están los intelectuales”, fechado en el “Día de la Raza”, fue publicado en Santiago de Chile en el folleto *Escritores y artistas chilenos a la España Popular*. Los firmantes constataban los “antagonismos irreconciliables” existentes de nuevo en España: dos Españas, antagonistas a muerte bajo “dos principios opuestos: el fascismo y la libertad”. España, afirmaban, había vuelto a ser “el corazón de la humanidad”, y por eso “es más España que nunca. Y como nunca también sentimos que su sangre es nuestra sangre y su lenguaje es el nuestro”. Concluyeron:

Nosotros intelectuales de Chile, hoy que es el día de la Raza hispana, reunimos nuestras distintas voces, nuestras variadas opiniones y nuestra acción dispersa, para colocarnos de parte de la España siempre joven, que una vez más renace y que, asaltada, herida y ensangrentada, escribe nuevas páginas para la historia del progreso. Por eso, impedidos materialmente de



sumarnos a sus heroicas milicias de la libertad, le ofrecemos nuestra voz, le ofrecemos nuestros corazones y recogemos para Chile su ejemplo fecundo. (Barchino y Cano Reyes, 2013, 686-687)

Entre los cien firmantes, destacaban en primer lugar Augusto D'Halmar y Vicente Huidobro, y luego figuras como Pablo de Rokha, Mariano Latorre, el peruano exiliado Luis Alberto Sánchez, Marta Brunet, Rosamel del Valle, Winett de Rokha, Manuel Rojas, Juvencio Valle, Eduardo Anguita, Benjamín Subercaseaux Zañartu, la poeta uruguaya Blanca Luz Brum, el escultor vasco Jorge Oteiza, Braulio Arenas y Volodia Teitelboim.

La Alianza de Intelectuales de Chile, en su primera sesión, dirigió un manifiesto de solidaridad a la Alianza de Alberti y Bergamín en Madrid –firmado por el presidente Neruda, el vicepresidente Alberto Romero, el secretario Gerardo Seguel y el tesorero Juan Negro–, que terminaba: “Desde estas lejanas tierras del Pacífico, os abrazamos para marchar unidos en la tarea común de trabajar por los destinos de la humanidad” (*Frente Popular*, 9 de noviembre de 1937). La revista de la Alianza, *Aurora de Chile*, publicaría un nuevo manifiesto, “Ayudemos a los intelectuales españoles” (n. 3, septiembre de 1938), en el que se afirmaba que “atenuar el sufrimiento material de esos luchadores es deber de todos los escritores y artistas del mundo”. Con este propósito, la Alianza animaba a los intelectuales del país a “ayudar con un día de sueldo mensual a formar un fondo destinado a comprar, para los miembros de la Alianza de Intelectuales Españoles, artículos de primera necesidad, que les serán remitidos por intermedio del Comité de Socorros del Círculo Patriótico Catalán”. Encabezaba la lista de firmantes Marta Brunet, y las adhesiones debían enviarse a la casilla personal de Pablo Neruda en Santiago.

Entre los manifiestos publicados en Cuba, llama la atención “Los poetas cubanos y González Marín”, publicado en la revista *Mediodía* (n. 10, 25 de febrero de 1937), que denunciaba la postura ante la guerra del conocido rapsoda malagueño. Los intelectuales cubanos –al igual que los argentinos– habían conocido en persona a Federico García Lorca, y es la figura de Lorca la que motivaba el manifiesto:

Después de explotar con largueza el verso maestro de Federico García Lorca, al que debe sus mejores éxitos, José González Marín ha llegado al extremo de ofrecer en Puerto Rico un recital de poesías a beneficio de los generalotes traidores y de las tropas moras que están desangrando a España y que en Granada segaron la vida fecunda del autor de *Romancero gitano*.

Por un deber de fidelidad y devoción a la memoria del gran poeta del pueblo español, cuya sangre gloriosa –maltratada, destruida por los enemigos de la cultura– nos duele para siempre, los poetas cubanos que suscriben expresan su más sentida repulsa a los recitales de González Marín, quien al poner su arte al servicio de los verdugos de su patria, profana la obra del gitano impar.

Entre los 27 firmantes, figuraban Mirta Aguirre, Serafina Núñez, Emilio Ballagas, Eugenio Florit, Nicolás Guillén, Manuel Navarro Luna y –tal vez sorprendentemente– José Lezama Lima.

En marzo de 1938, *Mediodía* publicaría un nuevo manifiesto, “A los intelectuales españoles” (n. III: 59, 14 de marzo de 1938), firmado por 59 intelectuales cubanos, que reiteraba su solidaridad con la República Española: “Todos los hombres honrados de la tierra, pero de modo especial los dados al cultivo del arte y la ciencia, deben estar con esa República. Nosotros estamos del modo más pleno y fervoroso. Y al hacérselo presente en momentos como los actuales, creemos cumplir un deber de compañerismo y un dictado de conciencia”.

En la Página Literaria del diario guayaquileño *El Telégrafo* (14 de julio de 1937) se publicó una “Adhesión de Escritores y Artistas del Ecuador. Mensaje de solidaridad a la España leal que envían al Congreso de Escritores de Valencia”, que celebraba el compromiso de la “inteligencia del mundo –con excepción de unas pocas voces traidoras a la cultura y la democracia–” por la “causa del hombre”, es decir, “por la España de la democracia y la cultura, por la España de los españoles”. Los 57 firmantes aseguraban que seguían “con dolor y con rabia –pero también con fe en el triunfo



definitivo– el heroísmo y el martirio de nuestra España, de la España de todos los hombres libres del mundo”, y enviaban a los delegados del Congreso “nuestra voz de simpatía y nuestro grito de anatema”:

Simpatía ferviente para el pueblo español, que lucha la gran batalla del hombre de este tiempo. Simpatía para los miembros del Congreso de Escritores reunido en Valencia. Anatema para los asesinos de ancianos y niños, mujeres y poetas. Anatema para los asesinos que han poblado de llantos infantiles todos los sitios humanitarios del mundo. Anatema para los asesinos de la Ciudad Universitaria, de Guernica, de Durango y Almería. Anatema para los asesinos del espíritu en agonía de Miguel de Unamuno, de la vida iluminada de Federico García Lorca.

Firmaron el manifiesto, entre otros, Benjamín Carrión, Gonzalo Escudero, Pablo Palacio, Jorge Icaza, Enrique Kingman, Pedro Jorge Vera, Nela Martínez, José de la Cuadra, Joaquín Gallegos Lara y Enrique Gil Gilbert. La mayoría de estos nombres se repiten en un nuevo manifiesto, “Mensaje al Hombre. Los intelectuales del Ecuador contra la complicidad de Benavides con Franco”, que fue publicado en Quito por el Sindicato de Escritores y Artistas como hoja suelta en 1938. En él, los intelectuales, definiéndose “como hombres de América, como hijos de España”, lamentaban la ruptura de relaciones diplomáticas entre Perú y la República Española, reconocían que el “auténtico pueblo peruano” no podía estar de acuerdo con esta “traición” del dictador Oscar Benavides, y concluían: “¡Hombres de América! ¡Hombres de todas las razas! ¡Hombres! El destino del mundo se está jugando en España. Que por lo menos cuando la fuerza avasalla y masaca, quede en pie la dignidad humana. Que América sea su último reducto” (Binns, 2012b, 580-581).

Bajo la dictadura de Benavides cualquier manifestación a favor de la República Española estaba prohibida –de ahí el anonimato de los autores de la revista *CADRE*–; al mismo tiempo, el dirigente aprista Víctor Raúl Haya de la Torre, desde la clandestinidad, prohibió que la guerra española distrajera a sus seguidores de sus luchas propias en el Perú y en Indoamérica, y procuró asimismo evitar cualquier asociación entre el APRA y los “incendiaros de iglesias” y “asesinos de curas” denunciados por la prensa en artículos que habían tenido un fuerte impacto en sectores católicos. No obstante, desde el exilio en Santiago de Chile, Luis Alberto Sánchez, Manuel Seoane y otros apristas participaron activamente en los actos de homenaje a la República y en la Alianza de Intelectuales de Chile. En los mismos días en que esta se estrenaba en Santiago, unos 23 apristas exiliados publicaron en el diario *Frente Popular* el manifiesto “Los intelectuales peruanos y España”, en el que expresaban su “adhesión a la causa de justicia y libertad que en Madrid ha resistido triunfalmente todos los embates” y justificaba el relativo silencio de la intelectualidad peruana respecto a la guerra civil: “La situación excepcional en que se encuentra el Perú y, desde luego, sus intelectuales, ha impedido que estos se pronuncien sobre el caso español. Muchos de nuestros compañeros sufren persecución de muerte. Otros han sido silenciados para siempre. La tortura impide que algunos emitan su opinión. No en todos los casos ha sido posible salvar los muros de las prisiones”. Estar con España no era una distracción. Era estar con Indoamérica, porque “ya hay sangre de peruanos apristas regando campos españoles en esta contienda libertadora” y porque no estar con España sería traicionar la posición antiligarquica y antimperialista de APRA en el continente americano (Muñoz Carrasco, 2013, 557-558).

Por último, en esta enumeración de manifiestos de intelectuales, habría que destacar tres textos de intelectuales hispanoamericanos residentes en París. En México, en octubre de 1936, se publicó en la revista *Futuro* el largo manifiesto “Hispanoamericanos en París”, firmado por César Vallejo y el pintor chileno Luis Vargas Rosas en su calidad de secretarios de la Asociación de Escritores y Artistas Hispanoamericanos de París. Después de una larga dilucidación de los factores en juego en la guerra civil, el manifiesto concluía con una muestra de fe en que, “al igual del pueblo mexicano, las demás repúblicas hispanoamericanas vibr[e]n al unísono con el deber, la abnegación, el coraje y la voluntad combativa de la gloriosa República Española, heroína de las libertades del mundo y vanguardia de la civilización”, y con los vivos de rigor al gobierno republicano y al “pueblo español, apóstol y guía de los grandes ideales de la humanidad” (Muñoz Carrasco, 2013, 495-500).

El segundo manifiesto es la “Apelación desde Madrid a los escritores hispanoamericanos” redactada por Juan Marinello y suscrita por los dieciséis delegados hispanoamericanos en el Congreso de Escritores Antifascistas de julio de 1937. El manifiesto narra las intensas vivencias de los delegados durante los días del Congreso y reafirmaba la necesidad de



que todos los intelectuales de Hispanoamérica se comprometieran en relación con la guerra española, a favor de la lucha del pueblo español y contra el ataque de la "barbarie mundial": "Estamos en días en que el escritor no puede rehuir su deber de hombre", señalaba Marinello, recordando la larga tradición de intelectuales hispanoamericanos cuya "grandeza espiritual" se debía al hecho de que "vivieron apasionadamente lo público":

Los días que corren obligan a una pareja actitud ennoblecida y enriquecida de sentido universal. España es el futuro de todos los pueblos, pero más enérgica y concretamente el futuro de Hispanoamérica. Trabajando por el triunfo de España trabaja el escritor nuestro por el triunfo de Hispanoamérica al mismo tiempo que realiza una obra de la más amplia y pura superación humana. Que la realice cada día con más entusiasmo y conciencia. Le pedimos desde Madrid la heroica, asombro de la tierra y honor del linaje humano. (*Mediodía*, La Habana, n. II: 37, 11 de octubre de 1937)

El tercero es un "Mensaje a los gobiernos de América" firmado por "hispanoamericanos residentes en París", que pedían a sus gobernantes que trasladaran la "fervorosa solidaridad con España" mostrada por todos los pueblos hispanoamericanos a un cambio en su política respecto a la guerra:

En muchos de nuestros países hay excedentes de producción: Argentina puede ofrecer trigo y carne; Cuba, azúcar y tabaco; Colombia, café; México, garbanzos y petróleo; Perú, azúcar y algodón. Cada país, en suma, dispone de productos bastantes para aportar un auxilio eficiente, y el concurso inmediato de todos puede mitigar los sufrimientos de un pueblo hermano, de un pueblo nuestro, del cual, por muchas razones debemos sentirnos orgullosos. (*Nuestra España*, París, n. 73, 18 de noviembre de 1938)

Destacaban, en la larguísima lista de firmantes, el escritor costarricense Vicente Sáenz, el pintor muralista y ex combatiente en España David Alfaro Siqueiros, el cuentista mexicano Juan de la Cabada y los cubanos Alejo Carpentier y Wifredo Lam.

Encuestas sobre la guerra

Hubo ya una larga tradición de encuestas en las revistas y periódicos de intelectuales hispanoamericanos, por lo menos desde los tiempos del modernismo. En *El Nuevo Mercurio*, la revista parisina y barcelonesa del guatemalteco Enrique Gómez-Carrillo, se publicó en 1907 una encuesta precisamente sobre el modernismo. La revista argentina *Nosotros* plantearía en 1913 la pregunta "¿Poseemos, en efecto, un poema nacional en cuyas estrofas resuena la voz de la raza?", y diez años más tarde su encuesta sobre la "nueva generación literaria" recibiría 36 respuestas, entre ellas la de Borges. *Martín Fierro*, en su primer año, publicó las respuestas a una encuesta sobre las siguientes preguntas: "¿Cree usted en la existencia de una sensibilidad, de una mentalidad, argentina? En caso afirmativa, ¿cuáles son sus características?", y tres años más tarde, en el invierno sureño de 1927, ofreció varias respuestas a la pregunta "¿Madrid, meridiano intelectual de Hispano-América?". *La Gaceta Literaria* de Madrid preguntaría, en junio de 1930, "¿Qué es la vanguardia?", convocando numerosas críticas al vanguardismo por su falta de sensibilidad social, aunque Ramón Gómez de la Serna, con su "¡Viva la vanguardia! ¡Viva el vanguardismo!", mantenía pura su fe en la pureza del experimentalismo estético. La revista quiteña *Lampadario* plantearía su propia "encuesta de vanguardia" en abril del año siguiente, con la misma pregunta "¿Qué es la vanguardia?" y con otra sobre la importancia del "nativismo" en la vanguardia mundial. El tercer número de la revista *Contra*, por su parte, en julio de 1933, plantearía la pregunta "¿El arte debe estar al servicio del programa social?".

La guerra española, con sus exigencias de posicionamiento político e ideológico, resultó fecunda para el género de la encuesta desde sus inicios. La encuesta más conocida de la guerra tendría lugar en el Reino Unido y conllevaría a la publicación en 1937 de *Authors take Sides on the Spanish War*, con 148 respuestas a las preguntas, sin duda capciosas:



“Are you for, or against, the legal Government and the People of Republican Spain? Are you for, or against, Franco and Fascism”. Estas preguntas, dirigidas a los escritores y poetas de Inglaterra, Escocia, Irlanda y Gales, cerraban una presentación firmada por Louis Aragon, W.H. Auden, José Bergamín, José Richard Bloch, Nancy Cunard, Brian Howard, Heinrich Mann, Ivor Montagu, Pablo Neruda, Ramón Sender, Stephen Spender y Tristán Tzara, que recordaba el “martirio” de Durango y Guernica, la “agonía duradera” de Madrid y Bilbao, y el bombardeo alemán de Almería. Según los doce firmantes, “es imposible seguir sin tomar partido”. De ahí el título: *Authors take Sides*. La gran mayoría de los intelectuales consultados se declaraban a favor del gobierno republicano, y de ellos el más memorable, sin duda, era Samuel Beckett, que respondió mediante una sola palabra, en mayúsculas, con los puntos de exclamación al comienzo y al final, a la manera española: “¡IUPHEREPUBLIC!”. De las 148 contribuciones, 16 –entre ellas, las de T.S. Eliot, Ezra Pound y H.G. Wells– se incluían en la sección “Neutral?”, y solo 5 –entre ellas la de Evelyn Waugh– en la de “Contra el gobierno”. En 1938 se publicaría en Estados Unidos *Writers take Sides*, un libro con las respuestas a las mismas dos preguntas, de las cuales se podría destacar la de Hemingway: “Just like any honest man I am against Franco and fascism in Spain”.

El 27 de julio de 1936, el diario bonaerense *La República* estrenó la encuesta “¿Hacia dónde va España?” y durante el mes siguiente publicó las opiniones de intelectuales y políticos como Alfredo Palacios, Alberto Gerchunoff, Arturo Frondizi y Liborio Justo. La revista chilena *Zig-Zag*, por su parte, publicó los resultados de dos encuestas: “Escritores chilenos opinan sobre la revolución española”, con respuestas de autores como Fernando Santiván, Víctor Domingo Silva, Daniel de la Vega y Raúl Silva Castro (31 de julio de 1936), y “Seis escritoras y una escultora hablan del trágico momento español”, con respuestas de Marta Brunet, Inés Echeverría Bello y María Monvel, entre otras (14 de agosto de 1936).

Durante los ocho primeros números de su revista *Vida de Hoy*, entre octubre de 1936 y mayo de 1937, el ensayista Manuel Ugarte publicó 44 respuestas a la pregunta “¿Qué piensa Usted de la situación actual de España?”. Destacaba entre ellas, sin duda, la respuesta de Alfonsina Storni:

(...) Sean cuales fueran los resultados inmediatos de la contienda, España ya está definitivamente ganada para la causa que llamamos de justicia y libertad.

Quizá le haga falta que le derriben muchos alcázares y hasta que le quemem algunas bibliotecas.

Ahogado a monumentos y a verbos, y a adjetivos, el pueblo español respira mal: un sacudón como el terrible de ahora lo llamará a una realidad monda de sombras engañosas.

Ha soñado mucho la grande España y demasiado tiempo ha vivido al día.

Su individualismo, su regionalismo, serán puestos a dura prueba y ha de triunfar lo que es propio de toda sociedad despertada: el ir hacia las cosas medulares y echarse políticamente hacia formas de gobierno, moderadas o no, de izquierda. (*Vida de Hoy*, Buenos Aires, n. I: 2, noviembre de 1936)

Habría que señalar también la encuesta del Comité Iberoamericano al Servicio de la Independencia Española, basado en Buenos Aires, que fue planteada inicialmente en la revista *Claridad*, en octubre de 1937, y cuyas respuestas fueron publicadas en 1938 en el libro *Por la paz y la independencia de España*, coordinado por el poeta J. González Bayón. El cuestionario consistía en cuatro preguntas:

1º - ¿Cree Ud. que el estado de cosas reinante antes del 18 de Julio de 1936 justifica al alzamiento militar o entiende que el Gobierno surgido de las elecciones del 16 de Febrero debió ser respetado?

2º - ¿Opina que la lucha tiene un carácter interno o cree que es una guerra de independencia, librada por el pueblo español contra los invasores y los españoles que los secundan? (En caso de responder afirmativamente a la segunda parte de esta pregunta, ruégase se sirva especificar con la mayor claridad posible, quiénes, a su juicio, son los países invasores y quiénes los españoles que los secundan).



3º - ¿Piensa Vd. que la primera medida que debe tomarse para poner fin a la contienda, es el inmediato retiro de todos los extranjeros que allí combaten, o entiende que hay otros medios más prácticos y eficaces?

4º - Después de lo sucedido en anteriores conflictos –chino-japonés, boliviano-paraguayo, ítalo-abisinio–, ¿cómo interpreta Vd. la actitud de la Liga de las Naciones, si no logra hacer respetar los derechos que a todos los signatarios del pacto de Ginebra les asisten? (*Por la paz...*, 1938, 11)

Se publicaron las respuestas, entre otros, de Alfredo Palacios, Enrique Dickmann, Benito Marianetti, Augusto Bunge, Arturo Capdevila, Cayetano Córdova Iturburu y César Tiempo.

Otra encuesta hispanoamericana se fraguó en las páginas del diario guayaquileño *El Universo*, y contó con las respuestas de cuatro simpatizantes de Franco, que serían reproducidas en 1937 en el libro de Felipe V. Carbo A., *Encuesta al margen de la tragedia española. Opiniones y juicios literarios*. El 28 de febrero de ese año, la revista habanera *Bohemia* publicó una "Boleta de las Simpatías en la Guerra de España" pidiendo a los lectores que marcara con una cruz si sus simpatías personales estaban por los "LEALES (defensores del Gobierno)" o los "REBELDES, partidarios de Franco", y que enviaran también sus opiniones sobre el conflicto. Los editores no preveían la respuesta masiva –más de cinco mil lectores contestaron– que tendría esta encuesta. Seguirían publicando las opiniones, bajo el título "De la gran tragedia española. Lo que nuestros lectores opinan", semana tras semana durante el resto del año.

Por último, habría que destacar la encuesta enviada por el Comité Iberoamericano de París a intelectuales, escritores y artistas de Hispanoamérica, con la intención de reunir las respuestas en un folleto parecido a los publicados en Inglaterra y Estados Unidos. En agosto de 1938, Félix Pita Rodríguez, secretario de prensa y propaganda del Comité, mandó una carta a distintas revistas e intelectuales, pidiendo respuestas en una cuartilla escrita a máquina, a un solo espacio, y que las contestaciones se remitieran a la dirección del boletín *Nuestra España*, pero es evidente que la guerra terminó demasiado pronto para que se pudiera publicar el folleto. Las preguntas de la encuesta fueron las siguientes:

¿Cuál es su posición frente a la guerra de España?

Si ésta usted al lado de la República, ¿por qué?

Si está usted al lado de los rebeldes, ¿por qué?

¿Qué significación tendría para América el triunfo republicano?

¿Qué significación tendría para América el triunfo fascista?

¿Qué porcentaje aproximado del pueblo de su país cree usted simpatiza con la República? ¿Qué porcentaje con Franco?

¿Cómo define y califica usted la guerra española?

La revista costarricense *Repertorio Americano* publicó estas preguntas junto a lo que llamaban "La primera respuesta" (es posible que haya sido la primera y la última), por parte del narrador cubano Enrique Labrador Ruiz. "No hay más que una posición para el hombre de honor ante la guerra de España", afirmaba este desde el inicio; el "hecho" de la invasión extranjera, de la crueldad de los moros y de la utilización de España "como un campo de experimento de armas e ideas mortíferas" era algo indiscutible, que no necesitaba –según el cubano– ninguna explicación. A fin de cuentas, "¡España arrasada es de todos los hombres con conciencia! ¡España herida es de todos los hombres dignos! ¡Nuestro su dolor hasta la entraña!". En cuanto al porcentaje de cubanos a favor y en contra de la República, la respuesta de Labrador Ruiz fue hiperbólica tanto en su cálculo como en la indignación que irradiaba:



El pueblo de Cuba es antifascista netamente. Tenemos una buena representación cubana en los frentes de batalla; algunos héroes; algunos caídos. Y también, como es natural, dentro de nuestra propia casa, paniaguados, aprovechados y desvergonzados de todas épocas que adoran a Franco y comparsa.

¡Nuestro salvazo de desprecio en pleno rostro! (San José, n. XX: 860, 3 de diciembre de 1938)

Cierre

¿Qué hacer entonces para apoyar el heroísmo? En gran medida lo que tenían que hacer los intelectuales era renunciar a sus búsquedas estéticas, entregarse a las exigencias de una causa que poco interés tenía por los debates literarios y artísticos de la década anterior. Los géneros tradicionales –la poesía, en particular– se nutrían de la experiencia personal de sus autores pero sufrían el desgaste del maniqueísmo, de la propaganda. Los escritos testimoniales –crónicas y memorias, sobre todo– serían los géneros del compromiso más vitalizados por la guerra española, pero el uso reiterado de géneros menores como el manifiesto y la encuesta sirve como una muestra de la necesidad colectiva de definiciones –a favor de la República, en contra del fascismo; a favor de Franco, en contra del comunismo– que sentía cada campo intelectual de Hispanoamérica en una época en que la lucha política relegaba a un segundo plano la escritura.

Bibliografía

Barchino, Matías y Jesús Cano Reyes (introducción, estudio y edición). *Chile y la guerra civil española. La voz de los intelectuales*. Madrid: Calambur, 2013.

Binns, Niall (introducción, estudio y edición). *Argentina y la guerra civil española. La voz de los intelectuales*. Madrid: Calambur, 2012.

Binns, Niall (introducción, estudio y edición). *Ecuador y la guerra civil española. La voz de los intelectuales*. Madrid: Calambur, 2012.

Carpentier, Alejo. *Bajo el signo de La Cibeles: crónicas sobre España y los españoles, 1925-1937*. Madrid: Nuestra Cultura, 1979.

Cerda, Martín. *La palabra quebrada*. Madrid: Veintisiete Letras, 2008.

López Vega, Antonio. *Gregorio Marañón: radiografía de un liberal*. Madrid: Taurus, 2011.

Madre España. Homenaje de los poetas chilenos. Santiago de Chile: Panorama, 1937.

Muñoz Carrasco, Olga (introducción, estudio y edición). *Perú y la guerra civil española. La voz de los intelectuales*. Madrid: Calambur, 2013.

Neruda, Pablo. *Obras completas I. De "Crepusculario" a "Las uvas y el viento", 1923-1954*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 1999.

Por la paz y la independencia de España. Buenos Aires: Edición del Comité Iberoamericano al Servicio de la Independencia Española, 1938.

Romero, Alberto. *España está un poco mal*. Santiago de Chile: Ercilla, 1938.

Sarlo, Beatriz. *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2007.

Torriente Brau, Pablo de la. *Cartas y crónicas de España*. La Habana: Ediciones La Memoria, 2005.